



## *La Muerte Tiene Los Ojos Negros*

*Nancy del R. Fernández  
-Ziruma-*

## LA MUERTE TIENE LOS OJOS NEGROS

Primera parte

### El Regreso:

¡Menos mal que se murió!

Esta lacónica confesión es lo último que sale de los labios de una mujer inexpresiva e intemporal.

Profundas ojeras y negrísimo cabello contrastan con la palidez de su rostro.

Está recién parida, a su costado, cubierto por una delgada colcha, un niño tan transparente como ella.

Dichas sin falsos pudores, las palabras se quedan vibrando como una campanada y aunque no transmiten el más mínimo asomo de aflicción, acompañan con un ronco suspiro, el gesto de enlazar las manos detrás de la cabeza, hundiéndose sobre la almohada con desesperado abandono.

El vaho pegajoso de la tarde impregna el aire. La pesadez sofocante del ambiente se agrega a la obstinación con que la mujer fija la mirada en las vigas que sostienen el techo del minúsculo cuarto.

Su cuerpo abrazado por la fiebre, se estremece cual rama rota sacudida por el viento.

Delira y los fantasmas del delirio la rescatan del abismo de la inconsciencia, llevándola hasta la época de sus seis años, cuando de las manos de sus tíos salió de aquel pueblucho hacia la ciudad.

Cuando volvió, ya mujercita, el eco sordo de sus pasos menudos resonó en las calles pedregosas, sin embargo, ¡ni los perros salieron a verla!

A los pueblos como aquél, igual que a las pesadillas es difícil sacudirles el letargo que los mantiene suspendidos entre el tiempo y el olvido.

Segunda Parte

**Los Recuerdos:**

Confusos y en tropel vuelven los primeros momentos de su llegada a las puertas de su antigua casa.

Por instantes, alegres pinceladas de la infancia disipan la amargura. Vano intento, la incipiente sonrisa se trasmuta en mueca ante el cuadro lastimoso que tiene ante sus ojos.

Indecisa se detiene ante las ruinas de lo que fue su hogar, que al igual que su alma, tienen la impronta de la derrota. A pesar de que el llanto inunda sus ojos, sabe que no debe llorar...

¡Las cosas eran tan diferentes cuando se marchó de allí!

Ahora, de algunas paredes sólo quedan escombros, en las demás, el barro desprendido deja ver el costillar de caña brava y asomando a través de este, vulnerada y expuesta, la intimidad de las habitaciones pregona su miseria.

Pero a decir verdad... ya nada importa.

En la penumbra de la casa, hijos de la misma adversidad, personas y animales tropiezan al competir por el mísero espacio vital.

Si fuera posible escapar a ese destino y no tener que sufrir esta nueva humillación, o si por lo menos pudiera sentir rabia y no esta ambigua sensación de viscosos tentáculos penetrando hasta los huesos doblegando su voluntad.

Algo más oscuro que la tristeza –la resignación- se apodera de ella.

Está embarazada.

Nadie va a creerle aunque les diga la verdad, así que no piensa dar explicaciones. Si le preguntan no está dispuesta a darles el gusto de confesarles que desde el mismo día en que su tío la tomó de la mano para sacarla del pueblo, años atrás, tomó también las riendas de su vida.

Tercera Parte

**El Hombre:**

Hermano menor de su mamá. Frente amplia y recia contextura, boca fina en la que la extremada rigidez de los labios hacen presumir un mundo interior atormentado.

No se le conocen “amoríos” ... pero a nadie se le ocurre dudar de su hombría.

Si bien no era dado a dar demostraciones de afecto, en las esporádicas visitas a su hermana no oculta su predilección por aquella sobrina vivaracha de ojos soñadores semiocultos por largas y hermosas pestañas. Después, cuando por circunstancias que no vienen al caso, ésta se va a vivir con ellos –su otra tía y él-, la dedicación fue completa.

Obsesionado con la niña, se desvive para que nada le falte, adivina sus caprichos y siente especial satisfacción en complacerla y hacerla feliz. La mimaba llamándola “mi princesa”. Las noches se van jugueteando con ella hasta que el cansancio los vence.

Luego, dormida, la lleva en sus brazos hasta la cama, depositándola cuidadosamente para no despertarla.

Por lo demás, su naturaleza taciturna sólo se transforma cuando va a la gallera.

En el frenesí del combate, cuando el mensaje de muerte impreso en las cortantes espuelas de su “giro” se clava en el corazón del contrario y el ave multicolor cae revolcándose en un charco de lodo y sangre, su grito triunfante silencia el bullerío.

Es el bramido salvaje brotando de la garganta de la bestia en el momento supremo de la posesión.

Al instante, sin pronunciar palabra, levanta del suelo su extenuado gallo, le examina las heridas y en amoroso rito, con insospechada dulzura, se dedica pacientemente a curarlo.

Solamente los gallos de pelea y su sobrina saben cuanta ternura encierran esas manos, solo ellos conocen la intensidad de sus caricias.

Porque su mundo fue hecho a la medida de ellos dos. Porque sólo a los gallos y a la “princesa”, prodiga sus cuidados.

Cuarta Parte

### **Los Hechos:**

Como un tatuaje en la conciencia quedó grabada la fecha de su cumpleaños número trece.

Ese día, él salió temprano al pueblo y le compró de regalo un hermoso vestido de satén rosado, se le veía contento como nunca e insistió tanto en vérselo puesto que su hermana presta siempre a complacerlo la ayudó a quitarse la ropa quedando sorprendida al notar las protuberancias de sus incipientes pechos.

¡Ya eres una mujercita! – le dijo, mirando con malicia a su hermano-

“Ah caramba... ahora sí... a prepararse pues, ya van a empezar los novios a rondarte” –sonrió con picardía, agregando burlona dirigiéndose a la sobrina- ¡bueno pues ahora sí que tu tío va a tener que andar con cuatro ojos y amarrarse bien los pant...

El aludido, saltó como mordido por una culebra y sin dejarla terminar la frase, encendido de ira se le avalanzó y sacudiéndola por los hombros le advirtió:

“¡Ah carajo ... eso sí que no, que sea la última vez que te escucho hablar d’esas pendejadas ... y te advierto para que lo vayas sabiendo ... a esta casa no entran más pantalones que los míos”!

Asustada, pues nunca antes lo había visto reaccionar de esa manera, la mujer le vio salir y cerrar violentamente la puerta tras de sí. Nerviosamente comenzó a llorar.

Él regresó ya muy entrada la madrugada, despacio, tratando de no hacer ruido fue directamente al cuarto de su “Princesa”.

Durante largo rato se mantuvo de pie al lado de la cama contemplándola como si nunca antes la hubiera visto.

De pronto, presa de un imperativo llamado, inclinándose sobre el lecho la tomo en sus brazos sollozando. Con frases entrecortadas rogaba que jamás pensara en irse de su lado, que no tenía valor la vida sin ella y que si algún día llegaba a abandonarlo, se moriría de tristeza.

Así, abrazándola abrumado entre confusos sentimientos, se halló de pronto buscando sus labios y prendiéndose a ellos con desesperación, encontrando los de ella, inexpertos... pero cálidos y receptivos.

El mandato primitivo de la carne encendió sus venas volcando en ellas un torrente de plomo derretido.

El instinto respondió a las voces incendiarias del deseo.

La fuerza arrolladora de la pasión incestuosa tanto tiempo reprimida, como mar embravecido rompió las amarras de la frágil barcaza donde navega la razón.

En los días siguientes su hermana procuró no molestarlo, evitaba hablarle y en las ocasiones en que lo hacía, como al descuido aprovechaba para recalcarle:

“Ay mijito, vas a tener que casarte para que tengas tus propios hijos”. “Esa muchachita no es tuya y te has encariñado mucho con ella y uno no sabe... cualquier día de estos la mandan a buscar y entonces”

Lo que la mujer ignoraba era que la “muchachita” a quien ella se refería, había dejado de existir.

¿Ignoraría también lo que estaba pasando en el alma de su hermano?

Si así era, él se encargó de ponerla al margen, cuando un día en el que ella iba a comenzar con su sermón, encarándola serio pero muy sereno le dijo despacito como para que lo entendiera:

“Óyeme bien, porque no te lo pienso repetir... no te sigas metiendo en esta vaina... esto es asunto mío... y mis asuntos los arreglo yo”.

Fue suficiente, ella comprendió lo que su hermano le quiso decir.

Quinta Parte:

### **La Traición:**

Con los días, la dependencia entre el uno y la otra se acentuaba.

En ella, el evidente despertar de la mujer apasionada, exigía satisfacciones.

En él, las cadenas que lo mantenían atado a la turbia relación se hacían cada vez más fuertes.

En su interior, dos colosos –razón y pasión- en encarnizada lucha, no se daban tregua.

Para equilibrarlos se había impuesto un límite y por encima de sus fuerzas lo respetaba.

Había jurado que nunca la haría su mujer... pero también que por nada del mundo renunciaría a sus caricias.

Seguramente fue el manejo de ese lenguaje consensual, lo que permitió esa noche, saber lo ocurrido.

Inmutable, sentado frente a ella con los puños cerrados bajo el mentón y las mandíbulas trabadas, la escucho sin interrumpirla. Su rostro, como una máscara de piedra no dejó traslucir ninguna emoción, ningún sentimiento, ningún dolor.

Fue un crudo y detallado relato de cómo, cuándo, con quién y por qué.

A lo mejor si al final hubiera agregado cuán desdichada, vacía y estúpidamente frustrada se sentía... ¡Si por lo menos le hubiera pedido perdón!

Pero no lo hizo, deseaba hacerle daño, herirlo en lo más profundo de su orgullo varonil... y para su desgracia, lo logró.

Sexta y última parte

**La muerte tiene los ojos negros:**

Al amanecer, el llanto desconsolado de la tía la despertó de un sueño lleno de sobresaltos.

¡Esta muerto, está muerto! –repetía–.

Cierto, su hermano se había suicidado. Tajos profundos en los brazos, semejaban bocas abiertas mostrando la vía elegida para sacarse el dolor silencioso que lo enloqueció.

La gran mancha de sangre que rodeaba su cuerpo, de algún modo recordaba la gallera.

Sus puños aún estaban cerrados fieramente ¿rabia o dolor?, pero sus labios suavemente distendidos parecían declarar la paz finalmente alcanzada.

El motivo de la fatal determinación quedó en el misterio.

Dos meses más tarde, al enterarse del embarazo de la sobrina, la tía creyó descubrirlo y no dudó en hacerlo saber a la familia antes de echarla a la calle.

Cuán equivocados estaban todos, la verdad de lo ocurrido nunca saldría de sus labios.

Despreciada por la tía, agobiada por la culpa, sola y desamparada sin tener a donde ir, tuvo que tragarse la vergüenza y regresó al pueblo.

Las frases ¡mírenla tan motolita y echa la pendeja!... preñada del tío. ¡Sabrá Dios que más pasó que el hombre se mató!... le acompañaron durante un tiempo.



Afortunadamente es virtud en los pobres no ocuparse demasiado de lo que no se pueda comer o beber, así que para su alivio pronto dejó de ser “novedad” y la olvidaron.

No así el producto de su torpeza. Su vientre continuó abultándose con aquel ser desconocido y rechazado desde el momento mismo de la concepción, a quien negaba el cariño materno pero alimentaba con sus precarios fluidos aun a costa de su propio bienestar.

Sin la más leve queja aguantaba estoicamente los terribles accesos de náuseas, los vértigos permanentes, la repugnancia por los alimentos, debilitándose y mermando las fuerzas necesarias para el momento crucial del parto.

Al presentarse éste, su aspecto era poco menos que el de un esqueleto.

La primera contracción se presentó pasada la media noche, en la medida que el alumbramiento se acerca, los dolores se suceden uno tras otro y el tormento se torna inaguantable. El exhausto cuerpo debilitado aún más por el sufrimiento, se cimbra ante el martirio como los juncos bajo las lluvias de agosto.

Gruesas gotas de sudor brotan de su frente y se confunden con las lágrimas que humedecen el abatido semblante.

Lentas, muy lentas las horas se alargan con la agonía, más cuando las fuerzas parecen tocar fondo, tras el desgarramiento brutal de las entrañas surge la vida.

... lo último que alcanzó a escuchar antes de perder por completo la conciencia fue el llanto de un niño, el llanto de su hijo.

El recién nacido, ajeno al drama de la mujer que lo trajo al mundo, se aferra unos momentos a la vida... pero sólo sobreviven los más aptos.

Esa noche lo velamos tendido sobre un mesón adornado con flores de clavellinas marchitas por el calor.

Diminuto, luce perdido dentro de la batola de tafetán blanco, llevando en la frente una tosca corona de trinitarias y la boca pintada de un carmín sangriento, igual que el colorete con que le embadurnaron las mejillas.

Unos palitos atravesados entre sus párpados evitan que cierre sus ojitos velados por el sueño eterno. Así, desde muy lejos parece mirar la soledad mezquina del mundo que no lo aceptó.

En la madrugada, las flamas inquietas de las lamparitas –mitad aceite mitad agua-, iluminan la sala mortuoria donde bailotean grotescamente las sombras proyectadas en las curtidas sábanas del improvisado altar, insuflando una alegría fantasmal.

Estas mismas sombras gravitan en las salves entonadas a la Santísima Virgen rogándole para que reciba al angelito en su seno.

... El niño murió sin bautizo.

Sobre la mesa, una mosca trasnochada zumba sobre el pequeño cadáver.

Intenta asegurar la vida de sus voraces larvas.

Más allá, en un rincón sobre una cama, su madre intemporal e inexpresiva también remonta los perfiles de la muerte de la mano de la fiebre y el delirio.

En el pueblo, los cantos de los gallos acompañan otros cantos... el de los grillos

¿Amanece?

¿Anochece?

Nancy del R. Fernández  
*Ziruma/Ago/94*

